

Miguel Sánchez Robles es catedrático de Geografía e Historia y escritor.

Miguel Sánchez Robles
Caravaca de la Cruz, Murcia, 1957
Tercer Premio

DESISTIMIENTO

“Uno no puede hacer nada por las personas que ama,
salvo seguir amándolas”

Fernando Savater

Yo adoro a Helia igual que adoraría a un ángel pálido que se llamase Luz o Dicha o La Alegría. Siempre la miro así: como si estuviera observando la belleza del mundo con los ojos de Bécquer o Neruda. La miro así desde aquel día en el instituto en que volvió sus ojos azules hacia mí y me preguntó:

—¿Qué significa uso cutáneo?

Y aquella mirada, aquel brillo quieto en los huesos de sus pómulos y aquellas palabras, me dejaron grabada una huella en el alma como lo suelen hacer la cocaína o la morfina. Se quedaron para siempre como un éxtasis sagrado alojado en mi corazón. Fueron el principio lírico de un amor irredento y formaron la base de una cadena posterior de vínculos intensos.

Yo siempre quise casarme con Helia porque Helia es dulce como esa gente intelectual que

tiene una visión telescópica y ve con demasiada claridad todo lo que sucede en el mundo y, sobre todo ven, esos hilos de tristeza que va tejiendo el tiempo entre nosotros. Yo admiro y venero las pequeñas e intrascendentes rutinas que sostienen su vida. Adoro esa pomada para los herpes labiales que lleva siempre en el bolso. Adoro su cintura y la raya impecable y perfecta de sus pantalones de franela. Adoro la intuición de sus pechos pequeños insinuados tan delicadamente debajo de esos jerséis negros o verde manzana que suele ponerse y el relieve de sus clavículas a través de la lana fina con la que están hechos. Me gusta mucho de ella cómo se siente segura y confortable en el terreno de las palabras bellas y sinceras y cómo las usa igual que si estuviera soñando en directo con bombas de amor y caridad para los desesperados de la Tierra.

Helia es muy sensible. Helia es detallista. Helia es snob. Le da una gran importancia al lujo de los complementos: a un estuche de fieltro, a una boina calada, a un cinturón de seda, a un pañuelo en el cuello... Y también le suele prestar mucha atención al silbo de los mirlos, al final de una música o a ese cielo de Murcia tan perfecto en otoño. Algunas veces, cuando me siento un poco decaído o solo o enfermo de algo que no sé nunca exactamente lo que es, cierro fuerte los ojos y pienso mucho en Helia. Pienso en nosotros, en todo el tiempo que estuvimos juntos, en las cosas que nos sucedieron, en sus iris preciosos, en sus complementos, en sus palabras ambiguas siempre dulces y en el matrimonio que jamás le pedí.

Helia ha sido siempre una mujer muy especial. Cuando íbamos al instituto, le encantaba la mirada del Escriba Sentado. En aquel COU de Arte ninguno teníamos nuestra diapositiva preferida, pero ella sí tenía la suya, era la única que tenía su diapositiva preferida: *El Escriba Sentado*. Helia también se volvió hacia mí un día, al final de curso, durante la proyección de una diapositiva de Brancussi, y me dijo mirándome con la potencia de sus ojos azules:

–El arte moderno no lo entiendo, pero me gusta tanto.

Y volvió a clavar otro éxtasis sagrado en mi corazón de alumno con acné que nunca tuvo amigos. Helia que tiene la dulzura y la melancolía en el rostro de los personajes de Botticelli. Helia coleccionando reproducciones de cuadros de cuando en la pintura comenzó a desaparecer el hieratismo. Helia bibliotecaria. Helia fumando Peepers mentolado en el Café Don Dámaso. Helia

que no se llama Pepi, ni Lola, ni Eloína como se llaman las chicas cualquiera. Helia se llama Helia, ¡nada menos que Helia!

¡Cuánto he querido a Helia! Yo siempre he vivido queriendo y descubriendo a Helia, pintando en las libretas corazones traspasados por flechas con su nombre y el mío: Alejo y Helia, pensando en ella con la misma actitud con que de niño contemplaba el cadáver de una abeja en la repisa de la ventana de mi cuarto sintiendo algo muy denso y triste haciendo aquello. Sin embargo, Helia y yo hemos compartido durante mucho tiempo nuestras vidas sin sexo, sin pasión, sin hablarnos jamás de amor, a pesar de haber vivido unidos tantas cosas desde que fuimos juntos a aquel COU de letras en el setenta y uno. Desde entonces, fue creciendo en nosotros una resignación espesa y aburrida, pero también tierna y un poco cinematográfica. Desde entonces, ambos hemos pertenecido a esa exquisita grey de los solteros un poco snob que se pasean un domingo por las capitales de provincia con un paraguas rojo en la mano pensando en que el hombre interesante está siendo asfixiado por el hombre robot y cosas así, esos solteros que tienen una alegría difícil y realizan actos que se parecen demasiado a la urgencia de sobrevivir, esos solteros que llevan vidas en las que se desarrolla una especie de binomio integrado por sumisión asiática y aseó occidental, esos solteros que se fijan en cosas tiernas y melancólicas como en que los árboles se han llenado de pájaros protegiéndose de la llovizna en una tarde de octubre.

Al principio, en aquel tiempo en el que nos conocimos, la gente, más que nunca, creía en la redención y en los sueños sociales, entonces había rabia y deseos de que las cuevas encerrasen maravillas extraordinarias. Todos teníamos como un sabor intacto de vida por delante y, en medio de aquel magma vital, Helia compraba santos de yeso y los pintaba con acuarela, y era hermosa y distinta y no participaba de la vida general de España, y yo, que tampoco participaba de la vida general de España, albergaba esperanzas de besarla algún día y poder casarme con ella. Pero Helia nunca me daba pie para hablarle de amor, era hermética a ello, el sexo y el noviazgo representaban en su código personal una especie de motivo infame. Helia huía de las conversaciones con lujuria, huía de las palabras te quiero, de las palabras beso, cariño, matrimonio. Mientras que los demás, de una manera global, ebrios de libertad en ciudades luminosas repletas de gente soñadora, existían llenos de éxtasis y deseos sexuales y participaban de la vida general de entonces, Helia y yo estudiábamos

demasiado y caminábamos serios y aburridos como si tuviésemos mucha personalidad, otra personalidad, con nuestro barquillo de helado que sabía siempre a fresa en la mano derecha.

Durante todo aquel tiempo, Helia y yo estábamos muy juntos. Nos intercambiábamos cosas. Yo le regalaba una lámina con réplicas fragmentadas del Arco Iris y, ella a mí, la estatuilla de un nomo embalado en papel celofán. Íbamos al cine y nos gustaban las películas que eran como un cuento y en las que se veían paisajes centroeuropeos muy verdes con árboles grandes y perennifolios, y a la salida comíamos pasteles de miel quemada y hablábamos de la sonrisa de la Virgen de las Rocas, de cómo inscribía Leonardo Da Vinci la boca y los ojos de los rostros en un círculo perfecto y de los azules lejanos y misteriosos de sus paisajes. Esa noche yo volvía a casa con una alegría alojada y latiéndome en el centro del estómago, pero también con una especie de tristeza presentida que inexorablemente entraría al sesgo en mi vida y ya no se iría nunca. Es como cuando un sentimiento simple se va convirtiendo poco a poco en un sentimiento denso y complicado. Es como la magdalena de Proust. Es como el embalsamamiento mismo de mi dicha.

Un año después de aquel COU, fuimos juntos a la Facultad, estudiamos Filosofía y Letras y nos matriculamos en Historia del Arte. Por las tardes, después de las clases, caminábamos por Floridablanca y, cuando no teníamos de qué hablar, nos preguntábamos como buscando expresiones universales de emoción intelectual sublime, cosas como qué se perdería si desaparecieran los manglares, porque habíamos leído eso en una revista de National Geographic. Cada uno, en secreto, nos preparábamos cuestiones de aquellas para tener algo interesante sobre lo que hablar, algo que nos uniera y nos permitiese seguir más horas y minutos uno al lado del otro realizando exquisitas divagaciones cultas. Nos gustaba estar juntos, preocuparnos del mundo y utilizar palabras difíciles y sacramentales. En la Universidad, todo el mundo buscaba y pronunciaba expresiones universales de emoción intelectual sublime, todos nos comportábamos como una bandada de loros en la que no hay líder y todos son iguales, y nos decíamos aquellas cosas como para ser más interesantes y sobrevivir a la mediocridad de los hogares pobres.

Ambos éramos buenos alumnos. Todos los años aprobábamos el curso en junio. Llenábamos nuestras vidas cotejando y ampliando apuntes, preparándonos exámenes y pasándonos mucha bibliografía, ¡bibliografía, mucha bibliografía! Los fines de semana quedábamos en cafeterías suntuosas y elegantes para hablar de películas y de caballos de Paolo Ucello. Cuando llegaba tarde

a las citas, Helia siempre tenía una taza de té en la mano y pensaba en sus cosas con una mirada de ensoñación cristiana. Entonces se alegraba de verme y me recibía con esos ojos agradecidos que ponen las criadas que se llevan las manos al pecho para decir "gracias", y hablábamos despacio como viviendo dentro de un reloj parado, como si fuésemos los protagonistas de un documental de peces muy tranquilos. En general, hablábamos de Arte y de la Universidad como en las películas lentas y europeas, cuando se acodan en la almohada después de haber hecho el amor y se sostienen media frente con la palma de la mano para decirse cosas muy bonitas. Pero nunca había sexo, nunca había palabras atrevidas y excesivas, y sólo nos sometíamos al peligro que entrañaba no conformarse con lo obvio y con lo elemental y querer saber más del arte y de la vida.

Y así fuimos viviendo, Helia y yo, educadamente resignados y unidos por una misma sustancia de soledad congénita. Fuimos viviendo así, ¿cómo decirlo?... Gustándonos mucho que por la televisión pusieran actividades solidarias de todo tipo y programas de Teatro que se titulaban Estudio 1 en los que salía José Bódalo interpretando obras de Ibsen, o estudiando en su casa e intentando explicarnos la intuición del valor de las leyes numéricas en el arte griego, mientras que su madre viuda, siempre vestida de luto riguroso, aquella madre que le había puesto ese nombre de pila tan bonito, nos servía manzanillas y platos con bizcochos serení. En el fondo, éramos demasiado distintos a los demás, a aquellos muchachos y muchachas tan llenos de emoción estándar para los que no hubo después más utopía que una tarjeta Visa y un futuro con niños y coches bemeuve. Lo nuestro eran inofensivas cuestiones de fe social, inquietudes y temas de conversación que no le hacían daño a nadie. Lo nuestro era una especie de obediencia civil mezclada con cultura. Ni Helia ni yo tuvimos nunca otros amigos. Éramos dos seres enigmáticos que pintaban santos de yeso y leían libros tristes. En realidad actuábamos como personas raras y aburridas que debían albergar alguna especie de desperfecto psiquiátrico. Una vez bebimos martini y Helia se refería a todos los hombres como machos nómadas cuyas cabezas funcionaban igual que funciona la cabeza de un terrorista. Al día siguiente se acordó de que había dicho aquello y me pidió perdón, un perdón atípico, repleto de pudor y de tragedia. Entonces me di cuenta de que éramos muy raros y de que Helia y yo nunca podríamos llegar a ser unos prometedores ejecutivos idiotizados que tuvieran hijos y casa con puerta electrónica en el garaje.

Nuestra falta de ambición pragmática, nuestra sensibilidad de seres al margen de las cosas corrientes y nuestra inclinación a las preocupaciones artísticas nos condujeron a trabajos humildes para personas sin demasiadas aspiraciones. Ella obtuvo una plaza de bibliotecaria en la misma biblioteca pública que tanto frecuentábamos, y yo me coloqué en una empresa de producción de láminas para enciclopedias y libros de texto. Mi primer día de trabajo, acostumbrados a regalarnos cosas como intercambiando pedazos de belleza, la obsequié con una lámina que contenía la imagen de una raya de mar en escorzo agitando bellamente sus alas y hablamos de la gracia y la suavidad con que las rayas se mueven en el mar.

A la semana siguiente, ella me regaló una edición antigua de pastas duras del "El libro del desasosiego" de Pessoa con la dedicatoria: "*Para Alejo, con el deseo sincero de la dicha*". Aquella tarde, al regresar a casa solo, se apoderó de mí una pena muy honda y sentí la vehemencia de quien quiere llorar en medio de la calle. Más tarde, tras haber bebido varias cervezas por los bares de copas de alrededor de la Catedral, sentado en calzoncillos en el sofá del piso que alquilé para independizarme de mis padres y en el que aún vivo, con la luz apagada y la televisión apagada y el ruido de la lluvia golpeando en los cristales, me di cuenta de que yo era un ser solo, terriblemente solo, que vivía por ella y para ella. Entonces, exactamente igual que hago ahora, cerraba los ojos húmedos y la imaginaba en su casa, después de haber cenado muy poquito, mirando una revista de estampas góticas junto a su madre quieta o escuchando en la radio unos minutos de democracia informativa o tomándose una manzanilla y acostándose temprano para abrir y leer, antes de dormirse, el tratado de Kant sobre la paz perpetua.

Y así, célibes tristes, escrupulosos y aburridos, continuamos una relación que perduraba, sin saber exactamente por qué, más allá de los límites normales. En aquella segunda época, seguíamos viéndonos con demasiada frecuencia en las mismas cafeterías y en los mismos parques y hablábamos, por ejemplo de que los gigantes suelen ser buenos y benignos como las ballenas o algo así. Nos costaba trabajo hablar de nuestras vidas en proceso de marchitación. Ocultábamos nuestras intimidades y nuestras pequeñas frustraciones diarias y, sobre todo, yo ocultaba mi amor hacia ella, mientras fumábamos un cigarrillo a medias tomando café largo y explicándonos la importancia de los conos azules, la importancia de Dalí, la importancia de la OTAN, la importancia de nuestro nuevo sistema político español, la importancia; siempre la importancia.

Una vez cogimos el Talgo juntos para ir a ver un museo a Madrid y yo comprendí una cosa cáustica que ya sospechaba. Comprendí que los museos estaban fatigados de pronogsis y eran algo muy aburrido y muy lejano para mí. Comprendí que el Arte no formaba parte de mis verdaderos intereses vitales. Comprendí que yo era mucho más perdedor que Helia, más víctima, más triste, más sin nada. Ese día, ella caminaba entusiasmada como una muchacha ilusa que aún no ha sido tocada por el báculo amargo de la vida, y yo la amaba más que nunca y más que nunca me hubiese gustado haberla conducido por aquellos pasillos cogida de la mano y besarla muy despacio en la boca delante del cuadro "La Fragua de Vulcano" o "Las Meninas". Recuerdo que Helia se dio cuenta ese día cómo aquellas personas ya muertas que nosotros nunca pudimos conocer en vida, nos miraban desde los retratos de los lienzos queriéndonos decir algo muy triste y muy hermoso a la vez. Trató de explicármelo y se entusiasma con aquello. Ese día descubrí que Helia siempre iba a ser así, apasionándose con cosas profundas y heteróclitas contrarias al esquema de mi felicidad, contrarias, tan contrarias, a ese entusiasmo vital que consiste en sentir una alegría carnal y sucesiva.

En aquellos años, Helia estaba llena de inquietudes solemnes que yo comencé a dejar de compartir. Ella militaba entonces en una asociación religiosa que se llamaba "Cristianos por la base" y se dejaba acompañar por hombres que tenían cara de conserje y eran miembros de alguna junta catecumenal de barrio y hacían siempre al hablar como una especie de gimnasia lírica. Yo rechazaba sus propuestas para que me adscribiera a aquello y volvía a casa en busca de una tranquilidad íntima, volvía a casa tan obvio, tan burgués, tan sin vocación, tan educadamente aburrido, que solo encontraba salvación en un ordenador que me compré por esnobismo. Pero Helia y yo seguíamos viéndonos de una manera infalible y puntual, siempre a la misma distancia que los puercos espines en invierno. Quedábamos en las mismas cafeterías de siempre y, como siempre, nunca hablábamos de nosotros. Hablábamos de esos países africanos como Liberia en los que el presidente, que es un criminal de guerra, se exilia al país de al lado y deja allí a un vicepresidente que también es otro criminal de guerra, hasta que tomen el poder los rebeldes, que también son otros criminales de guerra y se vuelva a repetir el ciclo, y llegábamos, era muy fácil llegar a la conclusión de que África, Asia y América Latina estaban en manos de criminales de guerra y de mafiosos al mando de una población desprotegida. Aquello era un poco como nuestra comprensión del mundo, formaba parte de la visión dolorida y triste de las cosas que ambos fuimos adquiriendo en nuestra compartida

soledad vital, y terminábamos esas conversaciones cogiéndonos durante unos segundos de la mano para decirnos a modo de nihilismo positivo:

-Dentro de cientos de miles de millones de años, el Universo será un lugar oscuro, frío y vacío, las estrellas se apagarán y todo estará solo y helado.

Luego pagábamos la cuenta en dos mitades exactas y volvíamos a casa cada uno tomando caminos diferentes. Y unos minutos más tarde, solo en mi piso, con la luz apagada y el televisor apagado y el ordenador apagado, yo respiraba cansado, sentado en el sofá y la imaginaba a ella, sola también en su dormitorio, leyendo alguna cosa con esa tranquilidad íntima y balsámica que siempre había en sus ojos azules y en sus nervios, tal vez repensando la lástima de que un día en el Universo no hubiera nada más que eternidad y frío sin estrellas.

Y seguimos así, Helia y yo, viviendo y existiendo con ese fundamento escrupuloso con el que envejecen las personas que torturan su cuerpo cuando se desmorona su mundo emocional. Helia y yo, lejos y cerca, despegándonos y pegándonos, concertando encuentros y haciéndonos compañía mucho tiempo después de habernos conocido de muchachos con acné que iban a un instituto vestidos de uniforme y después vivieron años intensos en la Universidad, un año y otro año, tanto tiempo después llamándonos por teléfono, regalándonos cosas, felicitándonos los cumpleaños, tomando café todos los miércoles y todos los viernes y todos los sábados, viviendo cada uno solo, su madre murió pronto, a muchas manzanas de distancia en una ciudad, como definía Helia a Murcia, pujante y desangelada de poesía, llena de edificios que fueron presuntuosos y de edificios nuevos de arquitectura ecléctica; sintiéndonos heridos en nuestra soledad individual por esa cosa que produce en las ciudades grandes la desidia de los seres humanos cuando ya no hay rabia, ni deseo de que las cuevas encierren maravillas extraordinarias y todo se parece a ciento nueve preguntas iguales y la vida se llena de dosis indoloras de entretenimiento barato y sin sustancia. Solos, cada uno en casa, sentados en un sofá tantas de esas tardes que tienen la tristeza anticipada del invierno o del otoño, yo, subrayando en un libro de Pedro Salinas: "*Lo que queremos nos quiere/ aunque no quiera querernos*", y ella pintando de granate la mejilla de sus santos de yeso, realizando esas labores como pequeñas salvaciones que tratan de dotar de sentido a la vida. Sin habernos adaptado aún a la constitución social del mundo, ni a sus montañas de aspiraciones ridículas y sin esperar ya una felicidad de paraíso que pueda llegar. Los dos tan mayores hablando siempre de

todas esas cosas densas y raras de las que solemos hablar, sentados en la heladería Sirvent o en Café social La Habana, sobreviviendo fuera de los oleajes de la realidad, escuchando cómo Helia me habla de que volverán alguna vez los tiempos de creencia o comentando una lámina con un golpe de viento ardiendo en una llanura de Burkina Fasso o con la reverberación lumínica en los cristales de un vehículo blindado, porque nos ha quedado de nuestro pasado y de nuestros estudios de arte esa propensión a descodificar y admirar la belleza y a coleccionar imágenes muy tristes o demasiado kitch. Helia y yo, aún, hoy, mientras escribo esto, infelices, distintos, preventivos, siempre a la misma distancia que los puercoespines en invierno.